

Historia de los monjes egipcios. Introducción, traducción y notas a cargo de Dámaris ROMERO GONZÁLEZ e Israel MUÑOZ GALLARTE, Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, Córdoba 2010, 191 pp. ISBN:978-84-938534-1-9

La obra *Historia Monachorum* narra el viaje que en 394-395 d.C. siete monjes realizaron por Egipto durante el cual visitaron a los anacoretas y eremitas que habitaban aquel desierto.

La introducción de este libro (pp. 21-38) empieza con una sabia reflexión sobre la justa medida que debemos otorgar a la opinión de los demás en materia de lecturas, puesto que muchas veces puede determinar que nos acerquemos o alejemos de un texto. Esta enlaza con un caso concreto, la opinión negativa de san Jerónimo sobre esta obra traducida por Rufino de Aquilea con el que tenía disputas personales a causa del origenismo. Dicha reflexión lleva a los traductores de esta obra a valorar los aspectos de contenido y forma de la obra para decidir cuánta razón objetiva había en la opinión de san Jerónimo.

El primer punto que trata la introducción es el de la autoría. Del texto, redactado en primera persona, solo se puede extraer que el autor es diácono. El candidato al que con mayor frecuencia se le ha atribuido la autoría es Rufino de Aquilea, entre otros motivos porque en otra obra suya (*Historia eclesiástica*) declara que la ha traducido.

Otro candidato es Timoteo, obispo de Alejandría. No obstante, también es desechado por motivos cronológicos, ya que murió en 385 y muchos de los hechos históricos relatados en *Historia Monachorum* ocurrieron entre 394-395.

El último candidato al que se le ha atribuido la obra es san Jerónimo debido a que los manuscritos que recogen su *Historia Lausiaca* lo dicen al final. Este argumento, bastante endeble, ya lo han refutado los traductores de esta obra al señalar al comienzo de la introducción que el propio san Jerónimo se la atribuye a Rufino. Por todo esto, el autor a falta de nuevos datos se mantiene en el anonimato.

La siguiente cuestión tratada en la introducción es la lengua original de la obra. Ha sido objeto de debate si primero se escribió en griego y la versión latina es una traducción o viceversa. Inicialmente se pensó que el latín era la lengua original y después se tradujo al griego. Los argumentos a favor de esta idea no son muy determinantes y son las referencias a la lengua y el sistema métrico en la misma obra y el capítulo del padre Copres en el que se relata la visión de un sueño en latín. Los argumentos a favor de que el texto original es el griego y el latino es una traducción son los detalles lingüístico-geográficos y estilísticos que se encuentran por toda la obra, los datos que en la versión griega aparecen de forma más precisa que en la versión latina y que el texto latino traduce el griego mediante paráfrasis o añade notas explicativas.

La conservación del texto griego se encuentra en varios manuscritos que los traductores pasan a analizar para fundamentar la importancia de las familias *x* e *y*, frente a las familias *v* y *a*. A continuación aparece la presentación de las traducciones ya existentes: la traslación de Rufino entre 400 y 410 con su primera edición crítica a cargo de H. Rosweyd y una posterior de Eva Schulz-Flügel. Existe también una versión siria recogida en *The Paradise of the Fathers* de Ananisho, editada por P. Bedjan y traducida al inglés por E. Wallis Budge. Por otro lado se distinguen las traducciones a partir del texto griego. La traslación francesa realizada por A. J. Festugière poco después de haber llevado a cabo una edición crítica del texto griego y la traducción inglesa realizada por Norman Russell con una introducción escrita por Benedicta Ward donde se tocan aspectos sociales del texto, pero que no aborda ninguna cuestión relativa a la obra en sí como objeto de estudio. Por último, los traductores señalan la edición crítica de Festugière como la escogida para llevar a cabo la traslación y nos indican una serie de licencias que han tomado a la hora de traducir.

Esta introducción nos parece, pues, adecuada: informa claramente de los aspectos relevantes que rodean a la obra con un estilo sencillo y elegante.

El prólogo de la obra (pp. 41-46) Comienza con una alabanza a Dios y le sigue un topos propio del género hagiográfico: el reconocimiento por parte del autor de su incapacidad y impotencia para hacer frente a una tarea, la de narrar, tan importante. Después explica claramente el objetivo de la obra: describir las formas de vida de los monjes egipcios para aprovechar su utilidad mediante la imitación de sus vidas. El resto del prólogo es una descripción general del tipo de personas que son los monjes, casi ángeles en la tierra y termina con otra alabanza a Dios.

Todas las figuras destacan por un don recibido de Dios que van exponiendo mediante anécdotas concretas o mediante amonestaciones a otros monjes. Así, la primera figura, Juan de Licópolis (pp. 47-71) posee el don de la profecía; Abba Or (pp. 72-75) destaca por haber fundado muchos monasterios y por haber sido analfabeto y haber recibido, tiempo después, de Dios el don de las letras; Amón (pp. 76-77) vive como los cenobitas; Abba Bes (p. 78) destaca por su mansedumbre y su naturaleza angélica. Da órdenes a los animales (hipopótamo y cocodrilo) y estos le obedecen. El siguiente apartado habla. Por primera vez, no de una persona, sino de un lugar: Oxirrincó (pp. 79-80). Es un lugar ideal: no hay habitantes heréticos, ni paganos. Teón (pp. 81-82) practicó el silencio durante treinta años, sabía griego, latín y copto y por la noche se reunía con animales salvajes. Elías (p. 83) se llama así por haber recibido la visita del espíritu del profeta. Sobre Apolo (pp. 84-105) también se narran muchos episodios destacando los de lucha contra la idolatría y su mediación entre conflictos vecinales. Sobre Amón (pp. 106-108) tenemos tres anécdotas en las que intervienen serpientes con la peculiaridad de que no conocen a este monje personalmente, sino a través de su discípulo. Con Copres (p. 109) se abre una estructura de historias concéntricas, ya que Copres cuando recibe la visita del autor pasa a narrar en primera persona la vida de los santos padres que pasó a imitar. Formalmente no se nota, pero una nota de los traductores nos avisa de que la extensión de este relato inserto llega hasta la página 118. Así pues el apartado de Paternucio (pp. 110-120) es relatado por Copres. Su don es el de alterar los hechos naturales como el ciclo del sol y la muerte. Abba Surus (pp. 121-122) recibe la visita de Copres y otros padres, porque saben que va a morir. Les cuenta sus visiones y muere. Sobre Abba Hele (pp. 123-128) se vuelve a repetir los *topoi* sobre la obediencia de los animales también contados mediante Copres. Apeles (p. 129), antiguo herrero, al igual que Copres, pasa a relatar la vida de Juan (pp. 130-132) que reprende a los monjes que no se comportan correctamente. Pafnucio (pp. 133-138) busca un alma parecida a la suya en méritos espirituales. La historia se repite tres veces, con un flautista, con un consejero y con un comerciante. En los tres casos acaban retirándose al desierto y poco después mueren y suben al cielo. Brevemente aparece Pitirión (pp. 139-140) experto en expulsión de espíritus. Eulogio (p. 141) recibió de Dios el don de leer el pensamiento. De Isidoro (p. 142) cuentan poco, ya que no salía nunca del monasterio. Todos los que vivían allí eran santos y nunca enfermaban. El presbítero Sarapión (p. 143) era tan buen administrador que los monjes no pasaban necesidad y ofrecían limosna a los pobres. Apolonio el mártir (pp. 144-146) murió perseguido por el prefecto de Alejandría. Después de muerto hizo muchos milagros. Dióscoro (pp. 147-148) reflexiona sobre las fantasías sexuales que producen desajustes en el cuerpo y, por tanto, en el alma. El siguiente apartado aparece mencionando un lugar, Nitria (pp. 149-153) y menciona a los monjes Amonio, Dídimo, Crónides, tres hermanos y Evagrio por algún don especial que poseían. Macario (pp. 154-159), ya muerto, discípulo de Antonio, era impulsivo pero de un gran corazón y esforzado. Los animales se acercan a él, porque conocen su alma. Amón (pp. 160-162) se casó contra su voluntad, pero huyó al desierto para llevar una vida virginal. Macario el alejandrino (pp. 163-164) hizo que su presencia y su breve conversación con un tribuno lo decidiera a tomar los hábitos. Pablo (pp. 165-166) se decidió a vivir ascéticamente cuando encontró a su mujer en adulterio. Piamón (p. 167) ve visiones. Juan (p. 168) es semejante a Abrahán.

En el epílogo (169-171) se expone la impresión general del viaje, el inmenso número de santos que habitaban esa zona y la imposibilidad de continuar el viaje por los peligros del camino.

Las notas son muy completas. Abordan cuestiones de toda índole, desde la simple referencia a un pasaje bíblico mencionado a una extensa nota explicativa sobre historia, cristianismo antiguo... Estas notas añaden las referencias de todas las obras que citan y muestran un estudio profundo y completo que aclaran el texto.

Después de la bibliografía aparece un índice de autores mencionados a lo largo de toda la obra seguida de un índice geográfico, un índice onomástico y las citas bíblicas.

En definitiva, esta edición de la Historia de los monjes egipcios ofrece una lectura agradable por su estilo sencillo. A la vez, sin cansar, instruye de manera muy certera al lector que se acerca por primera vez a la literatura cristiana y al estudioso le ofrece una guía para profundizar en los diversos aspectos que trata en las notas.

Irene GARCÍA-OCHOA ROJAS
Universidad Complutense de Madrid

Rosario LÓPEZ GREGORIS – Luis UNCETA GÓMEZ (eds.), *Ideas de mujer. Facetas de lo femenino en la Antigüedad*, Centro de estudios sobre la mujer, Universidad de Alicante, 2011, 368 pp. ISBN: 978-84-9717-152-6.

Quizá el calificativo que mejor describa el libro *Ideas de Mujer. Facetas de lo femenino en la Antigüedad* sea el de revelador. Compuesto por catorce artículos, este libro ofrece a sus lectores una interesante y poco convencional aproximación al mundo de lo femenino en la Antigüedad.

El libro se abre con dos trabajos que se enmarcan estrictamente dentro de los llamados «estudios de género», pero que no desarrollan una faceta de lo femenino en particular. El primero de ellos presenta un estado de la cuestión sobre el alcance y la repercusión que estos estudios han tenido en España —en especial, los que corresponden a la Antigüedad— (pp.19-35); por su parte, el segundo trabajo realiza una puesta al día sobre las vías de investigación que aporta la arqueología aplicada a los estudios de género (pp. 37-50).

A continuación, se presenta el artículo «Los primeros escritores de la historia fueron mujeres» de Marcos Such-Gutiérrez (pp. 51-63); trabajo que merece una especial consideración en esta reseña, no solo porque se acerca desde un enfoque biográfico —único en el libro— a la figura de las tres primeras mujeres literatas de la historia, asunto nada desdeñable, sino también porque se aleja del contexto clásico que determina al resto de artículos. Así pues, este singular artículo viene a solventar —de alguna manera— la escasez de contenidos relacionados con la situación de la mujer en Oriente.

Ahora bien, antes de comentar las temáticas abordadas por los demás artículos, parece oportuno realizar algunas consideraciones de carácter general: (i) la perspectiva desde la que los diferentes autores asumen el desarrollo de los trabajos es marcadamente filológica; (ii) —salvo el artículo ya comentado— ningún otro se centra en un análisis biográfico, lo que significa que, a pesar de que algunos de los autores se valgan de breves reseñas biográficas —para generar, en ocasiones, conclusiones de mayor alcance—, todos los artículos se refieren a conductas y circunstancias generales para la mujer; y (iii) los artículos se encuentran dispuestos atendiendo a una lógica temporal e, incluso, se podría afirmar que a una suerte de orden temático, el cual se abre con el ancestral referente de la mitología griega y se cierra con el siempre atractivo tópico de la magia.